

Introducción. Dilemas del antiperonismo

A casi ochenta años de la llegada de Juan Domingo Perón a la presidencia, los años del primer peronismo continúan siendo materia de abundante debate político e intelectual, como lo demuestran los trabajos dedicados al tema que se siguen publicando año a año. Probablemente este interés esté vinculado a la obstinada presencia que el peronismo ejerce sobre la política argentina, de la cual no pueden escapar las miradas que acuden al pasado con los problemas del presente a cuestas. Pero lo cierto es que esos años siguen allí, con sus complejidades específicas, aportando claves para reflexionar sobre los rasgos de un fenómeno político que nació en aquel entonces y se proyectó de diversas formas sobre la historia argentina reciente.

La atención suscitada por el primer peronismo, sin embargo, contrasta con el poco interés que ha recibido el campo antiperonista en los estudios especializados. Más allá de los trabajos sobre actores que formaron parte de la oposición al peronismo, como la Iglesia, las fuerzas armadas, grupos intelectuales o el movimiento estudiantil, no hay una producción significativa sobre las fuerzas políticas no peronistas y menos aún que se proponga una mirada de conjunto de la oposición partidaria. En ese sentido, el objetivo de este libro es analizar la conformación de una identidad política antiperonista relativamente común a los grupos que la integraron, a pesar de sus matices y divergencias internas.

Otra ausencia entre los estudios se vincula a la dimensión temporal: los años de los orígenes del peronismo y del antiperonismo, entre 1943 y 1946, suelen concitar más atención que el resto de la década siguiente, sobre la cual frecuentemente se proyectan imágenes cristalizadas de aquellos años iniciales. En el caso de los partidos opositores, se percibe particularmente la escasez de

trabajos especializados sobre su accionar durante el segundo mandato de Perón, desde la reelección de noviembre de 1951 hasta su derrocamiento, especialmente en el período que va hasta los meses previos a aquel invierno de 1955 que marcó la crisis final del gobierno peronista.

En los últimos años, las investigaciones sobre el primer peronismo se han concentrado mayormente en casos provinciales o locales, como forma de reconstruir una historia de realidades distintas a la perspectiva metropolitana que predominó en los estudios tradicionales. Así ha proliferado un gran mosaico de trabajos que, a medida que parecían agotarse las grandes preguntas sobre lo ocurrido entre 1943 y 1955, encontraron nuevas respuestas al acotar cada vez más las coordenadas espacio-temporales de su indagación. En ese sentido, en este libro se ha procurado retomar una dimensión «nacional» que, si bien se nutre de varios trabajos especializados sobre distintas geografías, considera relevante conectar el aporte de los nuevos estudios provinciales con algunas de aquellas viejas preguntas, de carácter más general, que planteó la historiografía clásica sobre el período.

Por otro lado, la vigencia política tanto del peronismo como del antiperonismo obliga también a reflexionar sobre los modos que asumió el tratamiento académico de sus orígenes. Hace algunos años, [Acha y Quiroga \(2012\)](#) se referían críticamente al proceso de «normalización» que experimentó la historiografía argentina posterior al regreso de la democracia para aludir a una producción que prescindió «de tomas de posición política y de lecturas excepcionalistas sobre el período 1943-1955» ([Acha y Quiroga 2012](#), pág. 20). Esta gama de estudios se habría orientado a morigerar la impronta heredada de las interpretaciones pasadas, al promover una «despatologización» de las apasionadas miradas de la época y al inscribir al ciclo peronista en una ola reformista que propició la ampliación de la ciudadanía y la extensión de los derechos sociales.

La última década, sin embargo, permite poner en duda la actualidad de la normalización de los estudios sobre el período. Por el contrario, la fuerte reactivación que atravesaron tanto el peronismo como el antiperonismo como identidades políticas se proyectó al análisis de estos años, que en ciertas lecturas volvió a ser visto como un momento de incubación de males que se prolongaron sin

solución en la historia argentina reciente. Aquella propuesta normalizadora, entonces, frecuentemente cedió al calor de las pasiones políticas del presente para esbozar una interpretación histórica que devolvió rasgos anómalos y patologizantes a la experiencia peronista originaria. Con un lenguaje que emula al de algunos protagonistas de este trabajo, estas nuevas miradas no escaparon a la «supervivencia» de la antinomia original, concepto que empleaba Althusser (1967) para referir a la reactivación de elementos ideológicos antiguos que operan como realidades concretas del presente, volviendo al pasado «una realidad estructurada terriblemente positiva y activa, como para el obrero miserable del que habla Marx, lo es el frío, el hambre y la noche» (Althusser 1967, pág. 94).

Es la pregunta por el antiperonismo como identidad política, en tanto proceso de solidaridad común entre fuerzas políticas que se opusieron al gobierno peronista, la que guía principalmente este trabajo. Aquello supone indagar en torno a las palabras y los símbolos que posibilitaron la articulación de aquellas diversidades y que, desde sus orígenes, forjaron un marco de inteligibilidad compartido por sus integrantes para interpretar la emergencia del hecho peronista. En este punto es importante aclarar que aquí se empleará el término «antiperonista» de forma amplia y como sinónimo de «no peronista», para describir la formación de un campo opositor que supo cobijar distintos niveles de intensidad.

A modo introductorio, se identificarán ciertos dilemas que atraviesan al antiperonismo como objeto de investigación. Uno de ellos reside en preguntarse si este fue un hecho en esencia novedoso frente al peronismo o si puede, en cambio, señalarse su preexistencia a aquel, principalmente como corriente antifascista. Allí se intentará construir una respuesta alejada tanto de la imagen que coloca al antiperonismo en un lugar meramente reactivo como de la lectura que lo asimila como una mera continuidad de pautas de entendimiento previas a la aparición del peronismo. Otro dilema está vinculado a la «cantidad» de antiperonismos y a la forma de dar cuenta de ellos. En ese sentido, pese a la constatación de su heterogeneidad, aquí se habilitará otro tipo de pregunta que examina la convivencia, no exenta de conflictos, entre una identidad

antiperonista amplia y las diversas trayectorias particulares que la integraron.

¿Un antiperonismo anterior a Perón?

Reconstruir los orígenes de una identidad política antiperonista requiere, necesariamente, indagar en la coyuntura previa al surgimiento del propio peronismo. Allí se señalará que no es difícil advertir en las raíces de las fuerzas políticas que enfrentaron a Perón una historia previa de proximidades y articulaciones que operaron como antecedentes de una confluencia antiperonista. Se impone entonces el interrogante mencionado: ¿fue el antiperonismo un hecho esencialmente reactivo al peronismo o puede incluso señalarse su preexistencia, principalmente como corriente antifascista? Difícilmente la respuesta suponga una elección definitiva por alguna de las dos opciones; se tratará más bien de un debate en torno a la graduación entre ambos polos.

Este debate vinculado a las líneas de continuidad y ruptura de la identidad antiperonista ya ocupa una dimensión relevante en los estudios sobre los orígenes del peronismo. ¿Cuánto de novedad hubo en aquella experiencia política? A esta altura de los acontecimientos se sabe que muchos de los rasgos centrales de la etapa no fueron completamente originales. Ya nadie afirmaría, por ejemplo, que el proceso de industrialización y sustitución de importaciones o la intervención estatal en la política económica hayan sido un invento del peronismo. Estos elementos estaban presentes, de forma incipiente, al menos una década antes de que Perón llegara al poder, a tono con las transformaciones del patrón de acumulación capitalista a nivel global que sucedieron a la crisis económica de 1929. De igual modo, también se sabe que algunas de las medidas significativas que adoptó el gobierno, como la incorporación del sufragio femenino, la nacionalización de los servicios públicos o buena parte de la política social implementada, ya formaban parte de la discusión pública antes de 1946, e incluso, como se ha dicho abundantemente, eran iniciativas que dormían en viejos proyectos presentados en el Congreso sin tratamiento legislativo.^[1]

[1] Sobre la presencia en la agenda pública de la cuestión social y la intervención estatal hacia 1943, véase [Campione \(2007\)](#).

Parece claro, en ese sentido, que una interpretación cabal del fenómeno peronista no puede circunscribirse únicamente a aquella década de gobierno y que los hilos de continuidad con su pasado mediato, anterior a la revolución de 1943, estaban más presentes de lo que la propia visión peronista construyó sobre sí misma. Esto no implica, sin embargo, diluir los aspectos novedosos del peronismo en un trazo de pura continuidad. Como ha dicho **Torre (2012, pág. 148)**, el estudio del peronismo se ha resuelto no pocas veces en la tentación de hacer de él el fruto de los procesos políticos y sociales previos.

Existe una historia de afinidades entre distintas fuerzas políticas y sociales, principalmente construida en torno a una corriente antifascista generada a partir del impacto local de los conflictos europeos, en boga en plena emergencia del peronismo y sin duda determinante para proveer el prisma interpretativo a través del cual muchos de estos sectores leyeron su aparición en la política argentina. En ese sentido, **Bisso (2005)** ha rastreado los orígenes de una «apelación antifascista argentina», entendida como una tradición política que tomó fuerza en la Argentina a mediados de la década del treinta, construida como una propuesta política útil para crear una conexión que relacionara los sucesos internacionales de la época (la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial) con la disputa política interna, estableciendo los parámetros y alegatos de movilización social y política, preparando los términos de posibles alianzas y definiendo los blancos en donde atacar a los posibles enemigos (**Bisso 2005, pág. 41**).^[2]

Esta apelación antifascista no tenía únicamente un sentido negativo, sino que también fue conformando una identidad positiva, en la que tuvo particular influencia la defensa de la tradición liberal y de la institucionalidad democrática frente a un enemigo construido como la versión local de los totalitarismos europeos de derecha, esto es, un «fascismo criollo», que podía ser representado tanto por los sucesivos gobiernos conservadores como por

[2] Esta influencia, como señala **Bohoslavsky (2011)**, no debe ser vista como una mera importación de categorías extranjeras a la coyuntura local, sino como un verdadero trabajo de traducción política y teórica. Sobre los diversos modos que asumió la identidad antifascista en el mundo occidental, véase **Seidman (2017)**.

los grupos nacionalistas. De este modo, dice Bisso, fue la tradición liberal histórica la que más fuertemente confirió al antifascismo argentino un anclaje en los orígenes patrios, haciéndolo participe de sus figuras y sus creencias (Bisso 2005, pág. 58).

Por ese motivo, Nállim (2014) entiende que los orígenes del antiperonismo pueden remontarse al siglo XIX, señalando que la caracterización del peronismo como un totalitarismo de raíces vernáculas, opuesto al orden liberal y democrático de la Constitución de 1853, contiene elementos que habían estado presentes en la oposición a Juan Manuel de Rosas e Hipólito Yrigoyen, principalmente a partir de la imagen de un líder despótico que concentra autoritariamente el poder político. Para Nállim, esa estirpe en contra del poder absoluto que se remontaba a las épocas fundacionales del Estado moderno argentino, sería oportunamente reactivada por el antiperonismo al apelar a la Constitución Nacional y la tradición liberal como la esencia misma de una Argentina democrática, recordando la lucha de las generaciones liberales contra Rosas y los caudillos federales.

Una de las primeras teorizaciones que conectó directamente la aparición del antiperonismo con la tradición antifascista que había emergido en los años treinta fue realizada poco después de la caída del peronismo por Tulio Halperin Donghi. En un número doble de la revista *Contorno*, publicado en 1956 y dedicado a una evaluación de la experiencia peronista, Halperin Donghi (2007) escribe un artículo titulado «Del fascismo al peronismo» que establece una suerte de comparación entre ambos fenómenos. En aquel texto, la verdadera apuesta fascista era atribuida a la revolución de junio de 1943, cuando, apenas superado el auge del nazismo en Europa, «pareció evidente, tras de los titubeos iniciales, que la Argentina iba a tomar, por fin sin reticencias, el camino del fascismo» (Halperin Donghi 2007, pág. 138).

Para Halperin, el experimento de junio de 1943 se había revelado fascista en la medida en que expresaba una tentativa de retorno al orden tradicional, amenazando de esa forma algunos de los rasgos significativos que la segunda mitad del siglo XIX había legado a la sociedad argentina. Fueron entonces los sectores identificados social y culturalmente con esa tradición liberal en peligro quienes más enérgicamente se opusieron a lo que vislumbraban como una

reproducción del totalitarismo europeo que, a su vez, implicaba un retorno a los resabios hispanocriollos y antiliberales de la Argentina previa a la derrota de Rosas en Caseros. Sin embargo, esa amenaza no se consumaría: el progresivo deterioro de las posiciones del fascismo en Europa empezaría a marcar un cambio de época para el proyecto surgido del 4 de junio. La inminente derrota del Eje, de este modo, marcaría el pulso de la movilización opositora y proveería además ciertos rasgos distintivos para la emergente identidad antiperonista. La emulación de la resistencia europea, decía Halperin, también suponía adaptar la táctica de «una presión continua y despiadada contra un enemigo con el cual no es posible imaginar acuerdos» (Halperin Donghi 2007, pág. 139).

Aquella temprana percepción de Halperin se ha convertido con los años en una clave de interpretación que prioriza ciertos elementos preexistentes para comprender los orígenes del antiperonismo. De este modo, a inicios de este siglo, un estudio de Sigal (2002) acerca de la conformación de un campo intelectual liberal y opositor al peronismo consideraba que para aquellos letrados era imposible escindir la emergente figura pública de Perón del gobierno militar del que provenía. Aterrados por la experiencia de los autoritarismos europeos, dice Sigal, estos grupos profesaron un antiperonismo que –en términos de la consolidación de los parámetros que emplearon para interpretar el escenario político– era esencialmente anterior a la aparición de Perón.^[3]

Otro trabajo representativo de esta clave es el de García Sebastiani (2005), quien se concentra en las posturas del radicalismo y el socialismo durante la primera presidencia de Perón.^[4] En ese sentido, la autora atribuye la existencia de la Unión Democrática a una tradición de alianza que ya existía entre las fuerzas opositoras desde los años treinta y que se replicó en las elecciones de 1946. Fueron estas pautas de entendimiento previas y no «la opción de enfrentarse a Perón o un definido antiperonismo» lo que impulsó la creación del frente electoral. Sin embargo, para García Sebastiani (2006, pág. 25) esta «cuestión tan simple como evidente» se fue

[3] Una interpretación similar ha sido propuesta por Fiorucci (2011).

[4] Véanse también los trabajos reunidos en García Sebastiani (2006).

perdiendo de vista por las múltiples interpretaciones posteriores sobre el triunfo electoral de Perón.

Una mirada opuesta a este tipo de análisis, y que, por el contrario, se inclina principalmente por la idea de reacción para comprender al antiperonismo, es la de **Grosso (2009)**, quien destaca la dimensión novedosa que significó la aparición en escena de la figura de Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión (STP) y el efecto que esta produjo sobre sus adversarios políticos. Al recordar la buena recepción que tuvo inicialmente la revolución del 4 de junio de 1943 en una gran mayoría de actores políticos y sociales, Grosso afirma que las cosas empezaban a cambiar con la intervención de Perón, quien introdujo un redireccionamiento de la revolución desde una perspectiva enteramente diferente, bajo la centralidad del significante «justicia social». Por lo tanto, desde esta mirada, la figura de Perón es crucial para identificar a la oposición antiperonista fundamentalmente como reacción conservadora al proceso de reformas encarado desde la STP.

Aunque esta definición no se aleja demasiado de la propia narrativa que construyó el peronismo sobre las fuerzas políticas que lo enfrentaron, frecuentemente asociadas a una reacción oligárquica aferrada a sus privilegios, el componente eminentemente conservador que adquirió un significativo sector de la oposición política y cultural no debe ser menospreciado. El rechazo al peronismo como una reacción jerarquizadora frente a la visibilidad creciente de las clases populares ha sido abordado por diversos trabajos más allá de las fuerzas políticas.^[5] No obstante, la identidad antiperonista no se agota en la mera defensa del *statu quo* y sus diagnósticos en diversas ocasiones se concentraron en los medios que adoptó el peronismo para alcanzar fines que no diferían demasiado de los suyos.

No es difícil advertir, en definitiva, que la preferencia por subrayar los elementos de continuidad o de ruptura implica también una postura frente al fenómeno peronista como hecho político, donde inevitablemente subyace una toma de posición sobre su originalidad y trascendencia. Sobre esta cuestión, **De Ípola (1989)** ha

[5] Sobre los modos que asumió este conflicto en el seno de la sociedad, véanse **Adamovsky (2015)**, **Milanesio (2014)** y **Torre y Pastoriza (2002)**.

señalado que las reflexiones mejor trabajadas sobre el peronismo tienen en común no limitarse únicamente al estudio de los años de gobierno peronista, en tanto que las interpretaciones que se atienen al corto plazo tienden a resolverse rápidamente en una apología del régimen o en una diatriba contra él. En ese sentido, dice el autor, comprender al peronismo «requiere tratar honestamente de hacer justicia a aquello que persevera de lo heredado y a aquello que emerge como innovación». Sin embargo, agrega enseguida De Ípola (1989, pág. 357), «es justamente en ese balance donde suelen diferir».^[6]

En relación al conflicto entre peronismo y antiperonismo, el debate por los grados de ruptura o continuidad no debe perder de vista que, como apunta Grimson (2019), ambas identidades se conformaron en paralelo desde sus orígenes y que uno y otro asumieron rasgos que se consolidaron en base a la contienda con su adversario. Esta premisa debería relativizar la imagen que otorga al antiperonismo un carácter meramente reactivo, en la medida en que también el peronismo emergente se reafirmó identitariamente en reacción a sus oponentes.

Esta dimensión relacional fue contemplada en algunos estudios ya clásicos que dieron cuenta de cómo la reacción antiperonista influyó en el inicio de lo que se convertiría en una asociación duradera entre Perón y las clases populares. Para Torre (2011), la oposición patronal al proyecto inicialmente más conciliatorio de Perón terminó recostando al coronel en el apoyo de la clase obrera y sobredimensionando el lugar de los trabajadores en el movimiento peronista. Esta impronta más popular se manifestó identitariamente en ciertos rasgos de afirmación plebeya del peronismo, como ha señalado James (1990), frente al trato despectivo y estigmatizante que le dispensaron las clases medias y altas tras su aparición en la escena pública.

[6] Sobre el debate entre ruptura y continuidad en el primer peronismo, véanse también Halperin Donghi (1993), Melo (2009) y Plotkin (1991).

¿Uno, dos, tres, muchos antiperonismos?

A diferencia del dilema que obliga a decidir entre dosis de preexistencia y de novedad, la cuestión sobre la cantidad de antiperonismos requiere en primer lugar una aclaración metodológica. Ningún análisis historiográfico puede desconocer la presencia de diversas corrientes al interior de la oposición partidaria (y aún más, al interior de cada fuerza opositora) en el período tratado. ¿Cómo congeniar, entonces, el dato de la heterogeneidad del conglomerado antiperonista con la relativa unidad que aquí se le atribuye como identidad política? La indagación que se propone implica situar a las diversas fracciones opositoras en el marco de una articulación que propició una creciente desparticularización del campo no peronista y la conformación de un espacio identitario relativamente común. De este modo, no se trata de desconocer la diversidad al interior del antiperonismo, sino de reponer aquellos matices internos en función de la dinámica del antagonismo peronismo-antiperonismo.

Por otro lado, es preciso recordar que la heterogeneidad no fue patrimonio exclusivo del antiperonismo. La evidencia histórica indica que el peronismo articuló en sus orígenes a una importante variedad de actores políticos y sociales, a pesar de que generalmente se lo haya reconstruido de forma unívoca y homogénea. Aquellos primeros trabajos de Gino Germani concentrados en el rol de los migrantes internos en el área metropolitana dieron paso a otros estudios –fundadores de nuevas líneas de investigación– que, por ejemplo, han destacado el papel de los viejos sindicatos en la formación del laborismo (Torre 2011) o las diversas características que adquirió el peronismo en el interior del país, más vinculado a «factores tradicionales», como oligarquías provinciales o viejas máquinas políticas conservadoras (Macor y Teach 2003). Desde diferentes enfoques, hace tiempo que los estudios disponibles permiten concluir que el peronismo se constituyó como movimiento político en un contexto de significativa heterogeneidad y ello, desde luego, no ha sido un impedimento para analizar su emergencia como identidad política.

Para ilustrar diversas formas de lidiar con la heterogeneidad antiperonista, retomaremos en primer lugar el trabajo de Nállim (2014), quien afirma que la heterogeneidad fue un rasgo constitutivo

del antiperonismo y que aquella fue deliberadamente disimulada por sus integrantes bajo la construcción de una «dicotomía en blanco y negro» en términos de democracia o fascismo. Esta operación, según el autor, puede identificarse ya desde la oposición al gobierno de Ramón Castillo en base a una visión polarizada que en realidad «escondía una realidad mucho más compleja», al exagerar la influencia totalitaria presente en aquel gobierno de corte conservador-tradicional y simplificar la unidad del heterogéneo sector antifascista. Del mismo modo, la imagen de un enemigo homogéneo era «una construcción interesada y simplista», tan ficticia como la declamada unidad del frente proaliado, cuyas diferencias y tensiones internas fueron intencionalmente ocultadas por sus protagonistas (Nállim 2014, pág. 118).

Desde esta perspectiva, el discurso que acompaña el proceso de confluencia antifascista es situado en un plano instrumental donde, de forma consciente y deliberada, los actores participantes se habrían valido de un relato común que les habría permitido aparentar una unidad sin fisuras que lejos estaba de concretarse en la realidad. Dicho enfoque parece entender la formación de una identidad política como un fin en sí mismo, ubicándola en un plano estratégico que bien podría asimilarse a una simulación.

Esta idea, que de alguna manera considera a la identidad como una máscara que puede ponerse o quitarse, no obstante, nos recuerda una advertencia formulada por Altamirano (2011), cuando afirma que «una máscara política no es nunca solo una máscara: usar una máscara nos enlaza a una red simbólica, que es también una red de posiciones, de pertenencia y de conflicto, de filias y de fobias, es decir, define el lugar que ocupamos en la trama intersubjetiva. Nos hace ser lo que al comienzo actuamos como un papel» (Altamirano 2011, pág. 164).

Esto no quita, desde luego, que exista una dimensión racional y estratégica de la acción. Sin embargo, como señala Barros (2011), ella no debe ser comprendida como un medio para la consolidación de una identidad colectiva. Por el contrario, agrega el autor, las identidades nunca son un fin en sí mismo, sino que son fijaciones parciales de sentidos y significados que se van generando en la relación y articulación con otras identidades.

Desde luego, se trata de una identidad que, como todas, no se mantiene fija en el tiempo y se reconstituye permanentemente, incluso en el vínculo con el que fuera su antagonista original. Así han existido, dentro del antiperonismo, diversos modos de comprender y asimilar a lo largo del tiempo el fenómeno peronista. En toda identidad se registran regularidades entre distintos procesos de identificación, donde conviven elementos heterogéneos, sin ninguna lógica *a priori*, es decir, de forma contingente y no esencial.

De este modo, el proceso de confluencia antifascista y luego antiperonista, antes que situarse en el terreno de la contradicción entre una «construcción interesada y simplista» y una «realidad mucho más compleja», es precisamente asimilable a determinados componentes que forman parte del arduo camino de elaboración de una identidad política: la adjudicación de un adversario común y el establecimiento de una solidaridad mutua a pesar de las diferencias entre sus miembros. Se trata, en definitiva, de un proceso de articulación política –y, por ende, discursiva– que transforma a todos los actores participantes, en la medida que su amalgama altera las trayectorias y pertenencias previas.

Para dar un ejemplo que nos acerque a nuestro enfoque, resulta útil citar la descripción del mismo proceso histórico en palabras de Bisso (2005). Allí el autor señala que, a pesar de su definición inicial como una negatividad, «el antifascismo argentino irá conformando también una identidad *positiva*, caracterizada por ciertas confluencias, a la que los diferentes grupos que la sustentan no podrán dejar de apelar si desean participar de ese discurso unificador». De este modo, la apelación antifascista consistió en una construcción político-cultural capaz de mutar para definir «el ropaje del enemigo», pero también para conferir a los grupos reunidos bajo a esa apelación «una tradición en común con la cual comulgar» (Bisso 2005, pág. 55).

En este caso, la imagen de la confluencia es más dinámica, superando en parte la dicotomía estanca discurso-realidad, pero sobre todo dando cuenta de ciertos elementos ideológicos que cumplieron un papel fundamental en el acercamiento entre fuerzas de distinta procedencia. Se abre aquí, potencialmente, una lectura en la que la incipiente identidad común cumple un rol mucho más

significativo que el de una simple máscara; es, por el contrario, la que altera trayectorias particulares, condensa, potencia y fija parcialmente nuevos horizontes de sentido.

En su ensayo sobre la historia del antipopulismo argentino, **Semán (2021)** identifica en esa identidad un rasgo permanente a lo largo del tiempo: el señalamiento del populismo como una forma defectuosa de integración de las masas a la política moderna. En ese sentido, no habría un único antipopulismo, sino varios: «frontales», «conciliadores», «defectuosos», «aspiracionales», «democráticos», «violentos», «efímeros», cuyo único rasgo en común es ver un problema en esa forma de relación entre la política y las masas. No obstante, el autor agrega que la pregunta central de su estudio es «cómo, en el último medio siglo, una forma específica de antipopulismo, de carga liberal y conservadora, se impuso sobre las restantes» (**Semán 2021**, pág. 11). Este interrogante se nos revela central a la hora de dar cuenta de las inflexiones la identidad antiperonista y su relación con las diferentes trayectorias partidarias que la integraron.

Nos hemos referido a la progresiva confluencia del espacio antifascista como un proceso de articulación política. *Articulación*, para **Laclau y Mouffe (2010)**, es toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esa práctica. Con esta definición puede empezar a pensarse cómo la progresiva construcción de una identidad común, a partir del proceso de «diferenciación externa y homogeneización interna» de toda identidad política que describe **Aboy Carlés (2001**, pág. 54), alteró las trayectorias de las identidades particulares que formaron parte de la experiencia.

Son tres las dimensiones analíticas que **Aboy Carlés (2001**, págs. 64-71) indica para el estudio de las identidades políticas: la alteridad, como los límites que las diferencian de manera relacional de otras identidades; la representación, en cuanto símbolos ideológicos cohesivos de una identidad; y la perspectiva de la tradición, donde la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente. Si, retomando lo visto sobre el antifascismo argentino, el establecimiento de una frontera demarcatoria frente al «fascismo criollo» estableció una serie de límites precisos respecto a un enemigo

común, la adopción de la causa «democrática» proveyó el principio articulador que dotó de sentido a la unidad antifascista; y si, finalmente, la inscripción de dicha identidad en el linaje de la tradición liberal histórica conectó la gesta presente con un relato coherente del pasado argentino, tenemos allí los primeros indicios para dar cuenta del proceso de desparticularización y de unidad relativamente estable de los diversos grupos que formaron parte de la conformación de la identidad antiperonista.

Sin embargo, este proceso no supuso la disolución de las identidades particulares que adhirieron al campo antiperonista. Por el contrario, la confluencia opositora habilitó una tensa coexistencia entre sus diversas pertenencias y la solidaridad común. Dicha tensión puede graficarse con la díada equivalencia/diferencia que también proviene de la teoría laclausiana. Para nuestro caso de estudio, las distintas identidades no peronistas (radicales, socialistas, comunistas, etcétera), escindidas diferencialmente, construyen entre sí un lazo equivalencial respecto al peronismo, frente al cual trazan una frontera antagónica que lo vuelve un exterior constitutivo. Pero las diferencias entre las distintas fuerzas no peronistas continúan operando dentro de esta cadena, donde se mantiene una relación de tensión entre ambas lógicas (es decir, la que las diferencia originalmente y la que las agrupa frente al campo peronista). El lazo equivalencial, dice Laclau (2005), puede debilitar, pero no domesticar la diferencia, que continúa operando dentro de la equivalencia.

Ahora bien, nuestro interés radica en profundizar sobre la relación entre las diversas trayectorias particulares y su pertenencia a la experiencia antiperonista. ¿De qué manera se integraron y cómo afectó eso a sus respectivas identidades? Aboy Carlés y Melo (2019) proponen el uso de la categoría *sobredeterminación* para dar cuenta de la fuerza o intensidad con que cada uno de estos momentos (como Laclau y Mouffe designan a los elementos articulados) es incorporado a una cadena equivalencial. En ese sentido, los autores proporcionan un ejemplo que nos resulta particularmente útil: la formación de una identidad antifascista y partisana en Europa no supuso la disolución de las identidades particulares que la integraron, como socialistas, comunistas o cristianos de izquierda. El antifascismo, como expresión del conjunto antagónico al fascismo,

no fue entonces una entidad meramente reactiva. Se trata, dicen Aboy y Melo, «de una identidad que puede desarrollar su propia positividad a partir de la influencia de unos momentos sobre otros, y del conjunto sobre cada uno, en ese común antagonizar» (Aboy Carlés y Melo 2019, pág. 33).

En otras palabras, la articulación política se produce en torno a determinados símbolos y palabras que sintetizan ciertas aspiraciones comunes de los grupos participantes. Estos significantes privilegiados imprimen el sentido prioritario que adquiere la articulación, digitan las coordenadas donde debe realizarse el agrupamiento y, a la vez, implican a sus integrantes en cierta orientación predominante. En el caso de los antiperonistas agrupados en la Unión Democrática, uno de los significantes privilegiados indudablemente fue «democracia», pero su sentido no se agotó únicamente en la literalidad del término. Como se verá en el primer capítulo, también la convocatoria a la «normalización» operó en la coyuntura de 1945 como un punto de articulación para la constitución del incipiente campo antiperonista.

¿Qué implicó, en ese sentido, para las trayectorias identitarias de las fuerzas políticas tradicionales formar parte de la experiencia antiperonista? Si una articulación es una relación que modifica a las identidades que la experimentan, podríamos afirmar que toda articulación conlleva una pérdida, en la medida que dos o más identidades particulares que se relacionan entre sí ya no son las mismas que eran antes de la práctica que las vincula. De este modo, todo proceso de identificación es, al mismo tiempo, uno de desidentificación. Estos desplazamientos y mutaciones identitarias no se manifestaron de forma gratuita entre sus diferentes participantes.

La relación entre cada una de las diversas identidades particulares y aquella identidad antiperonista que las articula permite analizar de otra manera la cuestión de la heterogeneidad de dicho campo. Tomando sus distintas trayectorias, podría plantearse una distinción de forma transversal a todas ellas: el ímpetu con que aquellos grupos asumieron la causa antiperonista como la principal bandera por la que se justificaba suspender o postergar algunos de sus antiguos elementos programáticos. En otras palabras, se

trata de examinar el grado de intensidad con el que estas identidades particulares fueron sobredeterminadas por la identidad antiperonista.

Hemos intentado, recapitulando, presentar algunas nociones que son de utilidad para concebir cómo fue construida una identidad antiperonista relativamente común a pesar de la heterogeneidad de los grupos que participaron en ella. En primer lugar, hemos nombrado a ese proceso de confluencia como una articulación, subrayando que el potencial de esa definición va más allá de una simple agregación de particularidades; hay en la idea de articulación una relación dinámica de los elementos participantes. Hay allí, adelantando una imagen clave del capítulo que abre este libro, caminos que se abren y se cierran; en definitiva, un rumbo –desde luego, contingente y reversible– que imprime una orientación predominante a las trayectorias particulares que lo transitan. Hemos visto, además, que esas particularidades diferenciales no se integran sin tensiones a la cadena equivalencial que las agrupa frente al campo peronista, dando lugar de esta forma a un inestable e irresoluble juego interno entre lo particular y lo común.

Finalmente, otra pregunta central de este trabajo está vinculada al proceso de radicalización política que tiene lugar entre 1946 y 1955, y que involucra relacionamente tanto al oficialismo como a la oposición. Dicho proceso, si bien evidencia una mayor intensidad hacia los últimos años de gobierno, no se describe de una manera linealmente ascendente, sino más bien como un mecanismo que también experimentó ensayos de descompresión, muchas veces inmediatamente posteriores a los picos de convulsión política, con resultados disímiles a lo largo del período. La pregunta por la radicalización, de tradición más politológica, es aquí abordada desde una reflexión de tipo identitaria que se concentra en los diagnósticos predominantes entre las fuerzas opositoras. Se rastreará el devenir de una caracterización que, en líneas generales, admitió el carácter legal del gobierno que asumió en 1946, aunque con un fuerte cuestionamiento a su legitimidad de origen, para avanzar hacia una concepción que dejó de reconocer su legalidad a medida que consideró vulnerada la vigencia del Estado de derecho. Estos márgenes de reconocimiento a la legalidad y a la legitimidad de

Perón, que irán variando con los años y que habilitarán el deslizamiento de la oposición hacia prácticas extrainstitucionales, serán analizados a lo largo de los siguientes capítulos.

El primer capítulo reconstruye los orígenes históricos del antiperonismo, proveniente de las filas de las fuerzas políticas tradicionales y de un importante sector de la opinión pública contraria al gobierno militar surgido del 4 de junio de 1943. Allí se analizará la formación de la Unión Democrática, la alianza electoral que enfrentó la candidatura de Perón, y su participación en la campaña electoral de 1945/1946. Con una fuerte prédica antifascista, que intentaba emular la gesta de la resistencia europea, los partidos opositores locales identificaron a Perón como una expresión criolla del fascismo. Esta lectura, que en consecuencia entendía a los comicios de febrero de 1946 como algo que decidía mucho más que una simple elección de gobernantes, orientó las prioridades de la alianza antiperonista, que, desde esa postura, sufrió dificultades cuando debió hacer frente a la prédica de justicia social que llevaba a cabo el candidato oficialista. En ese sentido, se analizará el problemático lugar que recibió la cuestión de la justicia social en el discurso de la Unión Democrática, reconstruyendo, como ejemplo paradigmático, su posicionamiento frente al decreto que instauró el aguinaldo a fines de 1945.

En el segundo capítulo se analiza la postura de las fuerzas antiperonistas tras la sorpresiva derrota electoral de la Unión Democrática y su interpretación del gobierno constitucional que se formó a partir de entonces. En líneas generales, el reconocimiento de que el nuevo gobierno había triunfado en elecciones limpias no bastó para que la oposición le confiriera una amplia legitimidad de origen. Por el contrario, la explicación predilecta del antiperonismo para dar cuenta de la victoria de Perón se basará en lo que muchos dirigentes llamarían «fraude preelectoral», en el marco de una interpretación que entendía el ascenso del peronismo a partir de la manipulación de las masas, la demagogia y la distribución inequitativa de recursos entre oficialismo y oposición. En ese sentido, en este capítulo se rastrean las trayectorias del radicalismo, el socialismo y el comunismo durante los dos primeros años del gobierno peronista.

El tercer capítulo se ocupa del proceso de reforma constitucional, desde su anuncio por parte de Perón en mayo de 1948 hasta su aprobación por la Convención Constituyente en marzo de 1949, y de la coyuntura política posterior. Allí se analizan las estrategias de las fuerzas opositoras frente a la reforma peronista y sus debates internos respecto al grado de participación que debían tener en ella, tanto en las elecciones constituyentes como en la Convención. En ese sentido, el estudio del proceso de reforma será visto a la luz del comportamiento político del antiperonismo, en el que puede apreciarse tanto la ratificación de una serie de pautas que habían orientado predominantemente el discurso opositor en los primeros años de gobierno, principalmente en lo tendiente a la defensa de las libertades públicas, como la anticipación de los rasgos de una gramática más combativa frente al régimen que se haría presente a partir de la segunda presidencia de Perón.

El propósito del cuarto capítulo es situar al período 1949/1951, entre la reforma constitucional y la reelección de Perón, como una transición que operó como punto de inflexión en la relación entre gobierno y oposición. Dicho proceso estuvo marcado por un endurecimiento del gobierno, que avanzó en un mayor control de la vida pública y generó crecientes restricciones a la oposición. Para el antiperonismo, en tanto, también será un momento de transición en el pasaje hacia posiciones más radicalizadas y extrainstitucionales, como la abstención electoral, el abandono de bancas parlamentarias y los contactos conspirativos con sectores de las fuerzas armadas. Muchos de estos dilemas se verán reflejados en la creciente interna de la Unión Cívica Radical, atravesada por la tensión entre un discurso más agresivo contra un régimen al que consideraba dictatorial y una apelación a la mejora de su propio desempeño electoral, según se verá en su posicionamiento frente a las elecciones provinciales llevadas a cabo en 1950.

En el quinto capítulo se analiza la repercusión de la sanción del estado de guerra interno luego del fallido levantamiento militar de Benjamín Menéndez. El antiperonismo encontró en este decreto una figura oficial que sintetizaba como ninguna otra la larga lista de denuncias que realizaba casi desde el primer día del gobierno de Perón. Paradójicamente, a pesar de las duras críticas que la reforma constitucional había merecido para las fuerzas opositoras, uno de

los principales argumentos para rechazar el estado de guerra fue que este no se encontraba previsto en la Constitución de 1949. Tras la reelección de Perón, más que una escalada de radicalización ininterrumpida se observa que a cada momento de convulsión política le siguió un intento de descompresión por parte del gobierno. En ese sentido se analiza la convocatoria oficial a la «convivencia política» en la segunda mitad de 1953 y su recepción por parte del antiperonismo.

Finalmente, en el sexto capítulo se abordan las trayectorias particulares de las diversas fuerzas opositoras en los últimos dos años del gobierno peronista. Por un lado, los pleitos internos del radicalismo y del conservadurismo, fuertemente enfrentados entre quienes defendían el abandono de las bancas y el paso a una estrategia abiertamente golpista y quienes insistían en la necesidad de sostener la presencia en el ámbito institucional. Por otro lado, se repasan las trayectorias del socialismo y el comunismo: mientras que los primeros experimentaron un relativamente homogéneo antiperonismo radicalizado, los segundos mantuvieron una marcada oscilación entre su rechazo al gobierno y a lo que llamaban la «oposición sistemática». Hacia fines de 1954, el conflicto con la Iglesia condujo a que los católicos se sumaran enfáticamente al campo antiperonista con un protagonismo que relegó a un segundo plano a las fuerzas políticas tradicionales. Finalmente, se rastrea la participación de las fuerzas opositoras en los sucesos que llevaron a la «Revolución Libertadora» y su diagnóstico de los primeros momentos de la nueva etapa política que se abría con el gobierno militar de Lonardi.